

LOS INDIOS COLOMBIANOS - Un punto de vista -

Partimos de una premisa. En las últimas décadas nuestra comprensión y apreciación de las sociedades de autóctonas de América Latina, -prehistóricas, históricas y actuales,- ha cambiado fundamentalmente. Este cambio no fue un fenómeno aislado sino que forma parte de una gran reorientación intelectual del mundo moderno. Aproximadamente a partir de 1960 se ha operado en el pensamiento occidental una serie de cambios paradigmáticos que han transformado la imagen de nuestro mundo. La física, la química, la biología, la medicina, la neurología, la filosofía, estas y otras disciplinas mas, han logrado avances en las fronteras del saber que hasta hace poco eran impensables y ahora, al acercarnos al umbral

del año 2.000, nos encontramos asombrados, a veces perplejos, pero siempre enorgullecidos de la capacidad analítica de la mente humana y de su constante esfuerzo de luchar contra la ignorancia, el prejuicio y las fuerzas destructoras que son fatalmente parte de la existencia humana.

Escribo como antropólogo, como exponente de una de las llamadas Ciencias Sociales que para mucha gente, constituye apenas un estrecho campo de algo exótico, algo romántico, y de seguro no poca importancia fundamental para nuestro mundo pos-



(1)

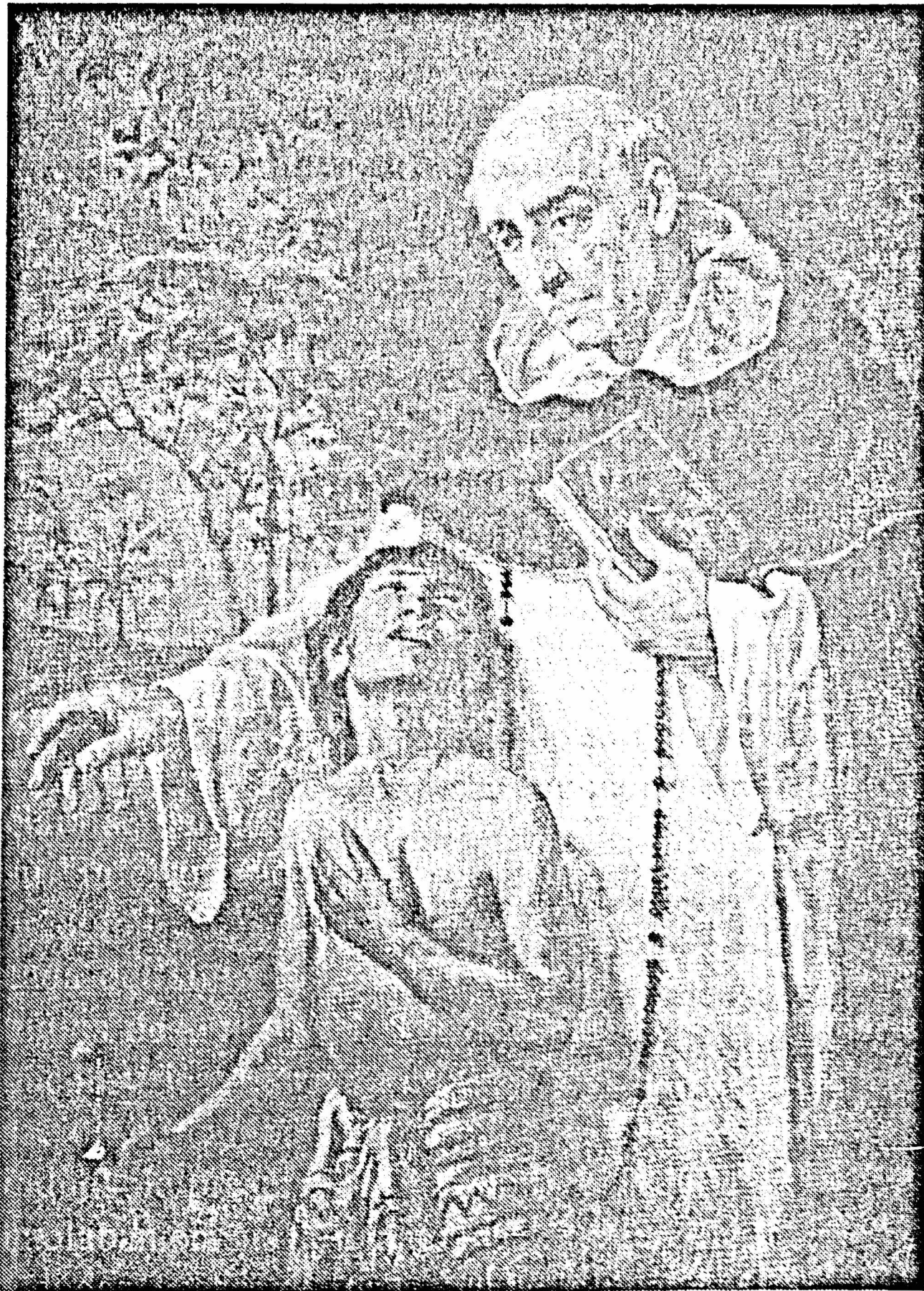
modernista. Pero estoy convencido de que la antropología, mas específicamente la etnología, ha participado notablemente en este gran cambio de paradigmas. Es un hecho que desde 1960 aproximadamente los estudios antropológicos adelantados por especialistas pertenecientes a diversas escuelas y tendencias ideológicas, han logrado una profundidad de análisis que en el curso de unos pocos años, transformó por completo la vieja antropología americanista caduca y abrió dimensiones insospechadas en lo que se refiere al pensamiento pragmático y metafísico del Indio americano.

La inferioridad del indio ha sido una de las grandes false-

dades de los últimos quinientos años. Cristóbal Colón, el primer intelectual que escribiera sobre los indios recién descubiertos, seguramente no fue el originador de estas infamias. Por el contrario, en la famosa Carta describe a estas gentes con palabras de sincera admiración, pensaba haber descubierto el paraíso terrenal. Pero ya poco después comenzaban a oírse otras voces. Por cierto los teólogos y jurisperitos estaban profundamente preocupados por el problema de la "justa guerra", de la pacificación del señorío de España sobre los indios, pero había otros intereses menos humanitarios y mas concretos.

Fue en el célebre debate de Valladolid, en el cual se formuló un elemento polémico de primer orden al declararse que los indios eran "esclavos naturales" por su "inferioridad y rudeza natural". Esta definición aristotélica ya se había discutido desde la primera década del siglo XI, cuando se suponía que todos los indios designados como Caribes eran caníbales, lo que justificaba su exterminio o su esclavitud. A la acusación de canibalismo se añadía, para los frailes, la indudable presencia del Diablo, con quien los indios hablaban en sus alucinaciones rituales y ello daba pie a dudas, acerca de los temas teológicos, tales como la existencia del alma, el sentido del pecado, la salvación. A ello se agregaba la búsqueda de El Dorado, la obsesión por el oro se juntaba con la obsesión por la extirpación de la idolatría.

Se formó así la difamación que representa al indio como un ser inferior. Se organizó la campaña contra los chamanes y sacerdotes indígenas, a los cuales los españoles describieron como hechiceros que te-



(2)

nían pactos con el Diablo, a lo mejor, como simples curanderos y charlatanes ignorantes. Como en otras tantas épocas de la historia, se procedió a eliminar, asesinar la élite intelectual.

Hubo excepciones. Hubo un Bartolomé de Las Casas, hubo un Antonio de Montesinos. Hubo hombres que tuvieron el coraje de plantear ante el mundo los problemas del "justo título", de la "justa guerra" contra los indios. En aquella época había hombres que reconocían el valor de las culturas indígenas y ponían en duda nuestro derecho de superioridad, de destruir otra culturas. En 1590 escribió el Padre José Acosta. "Es falsa la opinión de los que tienen a los indios por hombres faltos de entendimiento. Los hombres mas curiosos y sabios que han penetrado a alcanzar sus secretos, es su estilo de gobierno antiguo, muy de otra suerte los juzgan maravillándose que hubiese tanto orden y razón entre ellos". En otra parte dice el mismo autor: "Que por cierto no es de pequeño o dolor contemplar, que siendo aquellos Inca gentes idólatras, tuviesen tan buen orden para gobernar y conservar tierras tan largas y nosotros, siendo cristianos, hayamos destruido tantos reinos".

Pero la falsedad se impuso y ha seguido propagándose hasta nuestros días, multiplicada y extendida por la mayoría de los representantes de la Iglesia, de los gobiernos, de historiadores y viajeros, literatos y divulgadores, las sociedades, tanto de los Andes como de las tierras baja tropicales, han sido difamadas y calumniadas, marginadas, perseguidas y aun físicamente exterminadas.

Por cierto en este proceso ha habido diferencias locales de actitudes y procedimientos. En Mesoamérica o en los Andes centrales, es decir, en países donde había y aún hay millones de indios quienes comparten idiomas y costumbres practicadas por un gran sector de la población y donde el elemento indígena tiene tradiciones cuyo alto nivel nadie podía negar, las actitudes hacia el indio han sido y siguen siendo diferentes de las que se han formado en otras regiones de América Latina. Pero en los países de un marcado pluralismo cultural y lingüístico donde los diversos grupos indígenas ocupan zonas reducidas y representan una gama de niveles de desarrollo, la si-

tuación es otra. En estos países la población mestiza es predominante y con este hecho se aumentó la negación, el desprecio de todo lo autóctono.

En Colombia aún en nuestros días, tal vez ya no se trate de "extirpar la idolatría, ni de arrebatarnos el oro, pero en la práctica se ha tratado de "integrar" a los indios a la sociedad dominante, es decir, de negarles su culturas propias, tradicionales, de quitarles la poca tierra que aún les quedan, bajo pretexto de "colonización". Siempre se leen y se oyen las mismas frases: "una raza degenerada", "la indolencia indígena se habla con un aire piadoso de una raza que agoniza", dando a entender que ojalá pronto desaparezca este penoso recuerdo de una Colombia indígena. En fin la misma palabra *indio* se ha vuelto un insulto, un oprobio y, a lo mejor significa que la persona así designada pertenece al estrato mas bajo de la sociedad nacional.

Pero los tiempos han cambiado. Aunque mucha gente, entre ellos algunos antropólogos provinciales, aun no se han dado cuenta, la concepción que se tenía del indio es distinta gracias a los avances de la antropología, en estas últimas décadas, tan cruciales para el desarrollo de nuestra civilización. Los viejos estereotipos del indio "primitivo", del "buen salvaje", del "indiecito" infantil o del troglodita embrutecido, se han

derrumbado y en su lugar nos encontramos frente a un hombre como nosotros, un hombre capaz de gozar la vida en toda su amplitud, pero que la mismo tiempo está profundamente consciente del sentido trágico de la vida y, a través de esta conciencia se ha visto motivado y capacitado para construir mundos abstractos, sistemas filosóficos y senderos espirituales que hicieran soportable la existencia. Una existencia que han defendido tantas y tan diferentes sociedades indígenas, hasta el presente.

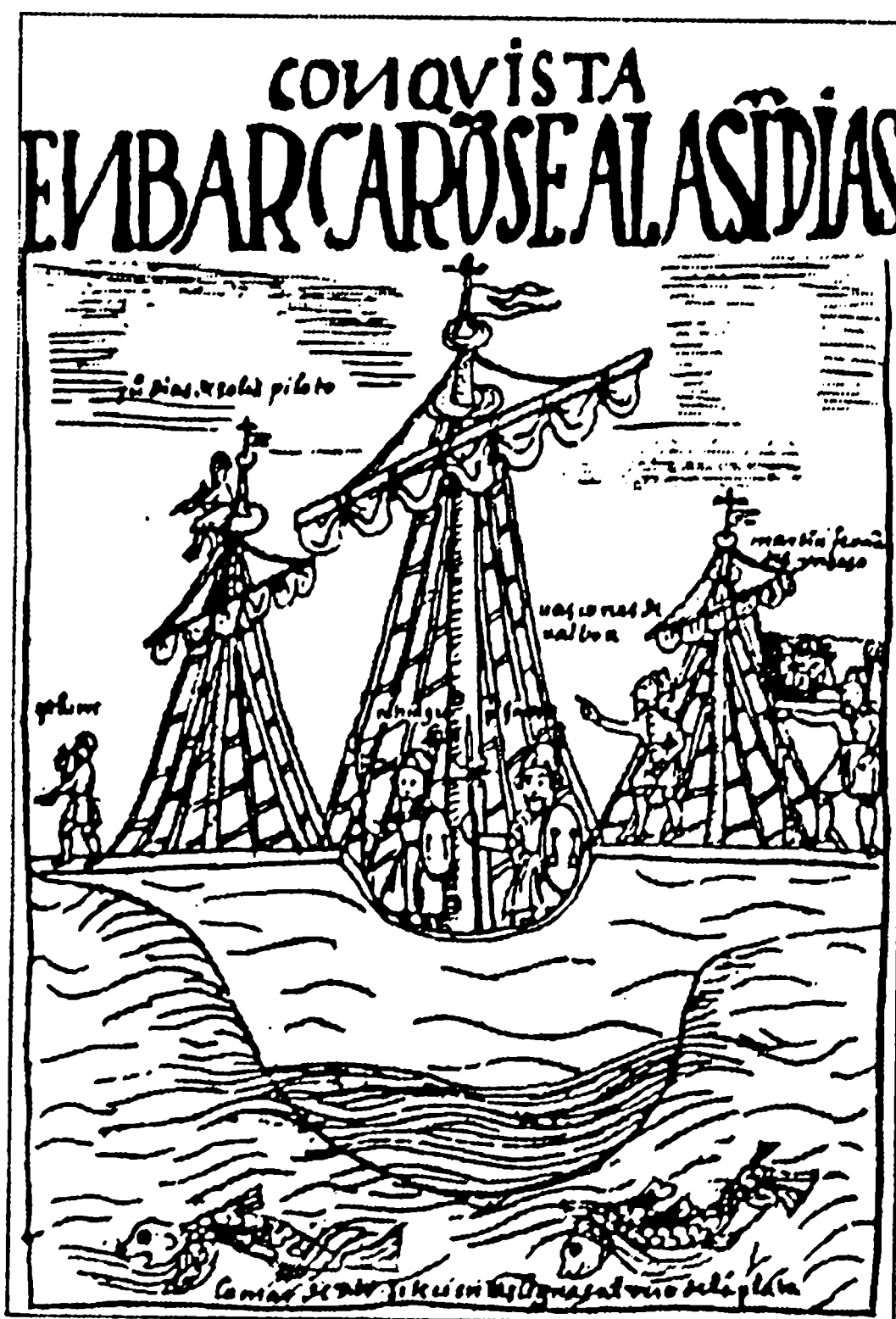
No trato de defender la posición insostenible de un relativismo cultural moralmente ciego. Hay sociedades, y siempre las ha habido que, profesan pautas culturales que violan los conceptos elementales de la dignidad y libertad humana, pero tales sociedades no son representativas de la gran masa de la población indígena de América.

Solo hoy, quinientos años después del encuentro entre los dos mundos, nos damos cuenta de lo ocurrido. El encuentro tuvo lugar hace 500 años, pero apenas ahora cuando podemos hablar de un encuentro espiritual entre hombres con igualdad de condiciones y anhelos. El primero

fue el encuentro entre el mundo católico y el pluralismo americano, marcado por una incomprensión mutua debido a múltiples factores históricos e ideológicos. El segundo encuentro es el que se cristaliza en 1992, es el encuentro que nosotros como antropólogos debemos anunciar y celebrar. Este es el verdadero descubrimiento de América, pues este es el "Nuevo Mundo".

Durante medio milenio de especulaciones sobre el Indio americano, Europa se había olvidado o había negado que tuviéramos un común origen y que, como los unos ignoraron hacia el Oriente y los otros hacia el Occidente, tuvimos que encontrarnos eventual-

mente en alguna parte del globo. En aquel encuentro de hace 500 años nos miramos con la sospecha e ingenuidad propias de la ignorancia mutua, pues habíamos recorrido largos caminos diferentes, habíamos experimentado un común origen, habíamos experimentado en nuestras vidas y en nuestras visiones del mundo distintos que nos habían llevado a formular paradigmas y soluciones tan diferentes tan insólitas desde la perspectiva del "otro".



(3)

Fue ante todo la etnología de los últimos treinta años la que nos hizo caer en cuenta de lo que, en realidad era el Nuevo Mundo, el mundo de los indígenas. Hubo algunos precursores, los conocemos, pero ante todo fue a partir de 1960. Y no fue siempre la etnología de los textos académicos normalmente requeridos, de las "escuelas", del cambiante panorama político e ideológico de aquellas décadas, sino una etnología basada en el humanismo, en una *humanitas* que tenía en cuenta, tanto las bases biológicas como las psicológicas de la conducta humana. En una etnología que abarcaba desde los estudios metabólicos hasta la semántica de textos, desde la musicología hasta la astronomía, desde la retórica hasta la alucinación dionisiaca. Surgió de las zonas limítrofes entre las ciencias sociales y la biología la psicología, la neurología, la geografía, la ecología. Una etnología que buscó *significados* en áreas donde antes no se suponía que los hubiera. Dicha etnología comenzó a tener en cuenta a los pensadores indígenas, partiendo del reconocimiento de que *había* tales pensadores, que había intelectuales en la selva o filósofos en la montaña.

Al recordar el primer encuentro, aquel de 1492, el segundo encuentro del Indio americano, conlleva pues una gran responsabilidad para la antropología. Consiste en mostrar al mundo, en una forma condensada pero incontestable, esta nueva imagen de las sociedades y culturas indígenas de América.

En esta tarea no debemos perdernos en detalles, en exotismos, en la eventual "admiración" por modos de vida mas o menos logrados según un criterio occidental, sino se debe buscar una serie de elementos esenciales, que se reconocen como indicadores de un esfuerzo intelectual y espiritual que enaltece al Indio Americano sobre el mismo nivel como aquel

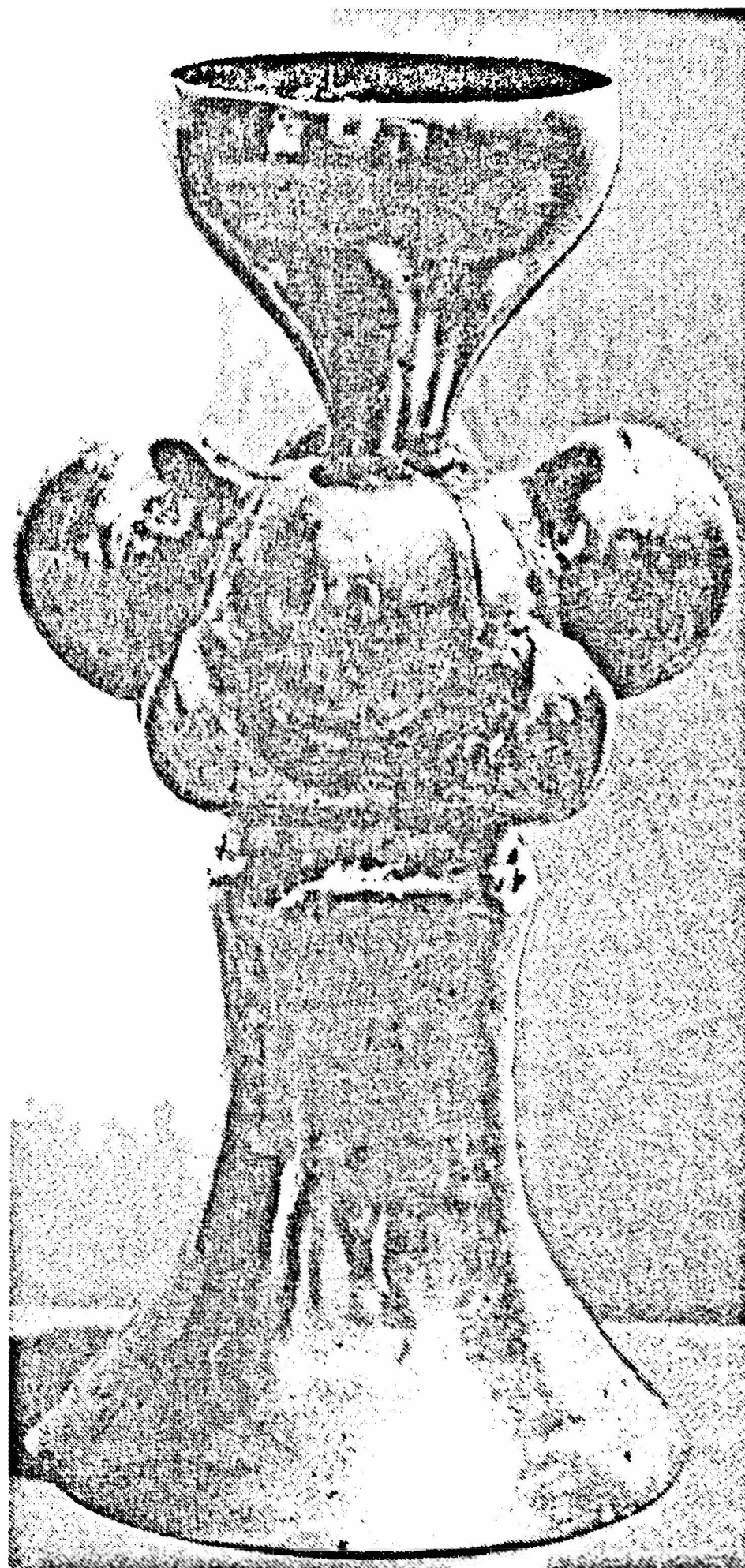
de las civilizaciones mas complejas del llamado Viejo Mundo.

Es muy desafortunado que el gran público latinoamericano no acostumbra leer libros de etnología, sobre todo cuando ellos están escritos en idioma que no sea español o portugués. Este desconocimiento de la literatura etnológica- se trata de unas 30 o 50 monografías básicas sobre sociedades indígenas- no solamente ha producido un vacío sensible en la educación de las

clases dirigentes, sino también ha contribuido a formar una imagen errónea de lo que es la etnología, para no hablar de la imagen distorsionada que muchos se hacen de los indios. Pero este problema del desconocimiento de una información importante no es solamente la barrera lingüística, sino también obedece ocasionalmente a una actitud, de la que no quiere saber nada de los indios.

No cabe duda de que al final del siglo XV muchos indios de Mesoamérica y Suramérica habían logrado niveles intelectuales y científicos mucho mas altos de lo que los conquistadores estuvieran dispuestos a admitir. En alguno aspectos las culturas indígenas no eran muy inferiores de Europa. Ejemplos serían la astronomía y el calendario de los Maya, la arquitectura de los Andes centrales y de Mesoamérica, los textiles peruanos, la metalurgia colombiana, la domesticación de un sinnúmero de plantas alimenticias, los siste-

mas de control hidráulico. Sobre todos estos temas hay muchísimos estudios muy detallados y completos, pero parece que estas obras aun no son lo suficientemente conocidas. La literatura oral de los indios, sea de la zona andina o de las zonas tropicales, está repleta de sorprendentes metáforas, de imágenes vívidas, episodios dramáticos y de en un co-



(4)

nocimiento de la psique humana. Pero sigue siendo un hecho que esta imaginación y simbolismo muy raras veces han servido de inspiración a la literatura de la sociedad nacional dominante. Tampoco el arte pictórico de los indios ha sido reconocido, sino que está siendo degradado al peor nivel del "arte de aeropuerto".

Hay varias razones para ello. La primera es simplemente ignorancia. Por ejemplo, las culturas de la selva tropical han quedado prácticamente desconocidas para el gran público y muchas agencias gubernamentales parece que nunca se enteraron de las grandes dimensiones intelectuales y éticas de los indios mas allá del pequeño círculo de etnólogos de campo, el conocimiento acerca de los indios selváticos es dramáticamente pobre. Además, para muchos miembros de la sociedad dominante el mero hecho de que aun *existan* indios, es un recordativo embarazoso del atraso del país y de la herencia biológica mixta de la nación. En un país como Colombia, las sensibilidades del mestizo son tales que ocasionalmente cualquier alusión a los indios tribales puede despertar sentimientos ambivalentes. Hay orgullo en los objetos de oro, en los tesoros de El Dorado, hay cierta admiración por algunos jefes indígenas se mantuvieron firmes contra los invasores españoles, pero no se admite una herencia intelectual y no se siente orgullo en logros espirituales de los indios.

La gente -y me refiero a aquellas personas leídas y de conocimientos sólidos en muchos campos- me dice que los indios de América, antes de Colón, eran "primitivos", "salvajes", que sin Dios ni ley vivían en montañas inhóspitas, en cavernas, y practicaban costumbres bárbaras. Estos son los clichés mas comunes que se oyen cuando se habla de este tema. El tema, naturalmente es 1992. Me dicen que en el momento de la Conquista- perdón del encuentro, los indios vivían "sobre un nivel neolítico".

Esta imagen es tan falsa y peligrosa como cualquiera de las actitudes frente al "Otro" que el Occidente ha propagado, siempre, cuando las dos hermanas llamadas Ignorancia y a Mala Fe se aliaron para respaldar

finés políticos, religiosos, raciales, económicos y otros. No importa la motivación. El encuentro de 1492 fue con el Otro y con qué rapidez se propagó la mentira. Con qué insistencia llevó a gente esencialmente buena y sencilla a cometer excesos inauditos en el Nuevo Mundo, guerras religiosas, persecuciones raciales, crímenes, difamaciones y acusaciones de toda clase!.

Loa gente me dice: "*Pero esos indios no sabían ni siquiera leer y escribir*". Pues los de Guatemala sí sabían escribir, por lo menos los sacerdotes, situación parecida a la de la Edad media europea, cuando la escritura solo se conocía en los monasterios y en las cortes. Fueron aquellos monjes benedictinos, franciscanos, dominicos y otros, quienes nos transmitieron nuestra civilización greco-romana y judeo-cristiana. Y fue por eso que los frailes fanáticos que llegaron a Guatemala quemaron sistemáticamente todos los libros de los Maya, porque sabían que ellos contenían la esencia de las tradiciones milenarias, tan antiguas como las suyas y por eso mismo inadmisibles como competidoras. Me dicen que los indios no tenían tecnología. Tienen su tecnología, una tecnología de otro orden, adaptada a sus necesidades y valores y a su ambiente. La tecnología nuestra se desarrollo en alto grado de acuerdo a su aplicación bélica, desde la invención de los estribos hasta la de la ballesta, desde la descomunal maquinaria para levantar cargas pesadas hasta la no menos impresionante para derrumbar fortalezas, gran parte de aquella tecnología operaba y si-



(5)

que operando en función de guerra, de lucha de muerte, de destrucción.

Los indios no inventaron el reloj ni tampoco la brújula ni el compás. No hay reloj más preciso que el sol y su observación sistemática, aunque fuese desde el punto de vista geocéntrico permitió a los indios establecer calendarios de gran precisión. Otra invención tecnológica maravillosa de los indios fue la metalurgia del oro, del cobre, de la plata y el latino. Las múltiples técnicas de orfebrería causaron admiración de europeos. Pero lo verdaderamente importante, lo humanamente extraordinario fue que los indios americanos no desarrollaron sus conocimientos metalúrgicos para servir a fines bélicos, que no hacían puntas de proyectiles ni espadas de bronce, no hacían dagas ni cuchillos. Los yelmos y las corazas que hacían representaban un valor estético, simbólico, y no estaban destinadas a defender sus cuerpos contra agresiones físicas.

Los textiles indígenas, hablando de los Andes Centrales y de Mesoamérica, no tienen igual en el mundo y su tecnología superaba todo lo que se producía en aquella época en la Europa medieval.

Hay quienes piensan que la filosofía comienza con los griegos. Conocen ellos el proverbio de los Fang una tribu africana que dice: "El cazador es padre del pensador". La filosofía es tan antigua como la primera toma de conciencia del hombre. Sistemas filosóficos, ideaciones religiosas y cosmogónicas, todo ello existe y ha existido desde milenios entre los indios americanos.

El uso cultural estrictamente controlado, de narcóticos, la comprensión de mecanismos subconscientes, tal como se manifiesta en la iconografía, los textos chamánicos, la tradición ritual, son de una riqueza infinita. En realidad, el conocimiento astronómico-cosmológico, la manipulación bioquímica y la comprensión psicológica, junto con sus conceptos éticos concomitantes, corrían a veces parejas con los conceptos del mundo cristiano.

Podían entonces admitir los europeos que los indios, aquellos "Otros", habían logrado esta cosmovisión sin

conocer el Cristianismo ni la filosofía griega, ni las enseñanzas de la tradición patristica. Fue esto un dilema cuya solución tuvo consecuencias catastróficas para los indios.

Solo hoy, después de medio milenio, nos damos cuenta de por qué se originó aquella falsedad de la inferioridad del indio. Es gracias a la etnología como se logró vencer esta monstruosa ficción. En 1992, celebramos la enorme hazaña del descubrimiento de América, hace quinientos años, pero solo ahora podemos celebrar el verdadero descubrimiento del Indio Americano.



(6)